

Cine y Carretera



Valentín J. Alejándrez

Director de Cinter

El cine es ante todo movimiento, y no solo por el hecho de hacer pasar veinticuatro fotogramas por segundo por delante de un proyector que da vida a las estáticas fotografías. La dramatización que requiere se basa en eliminar los tiempos muertos de la vida real para mostrarnos situaciones dinámicas y personajes siempre en conflicto. Una película es una explosión de tiempo candente y comprimido. Es transformación y cambio. Los protagonistas se mueven y se transforman. Y es casi más importante la transformación que sufren a lo largo del metraje que el movimiento que ejecutan, a veces de forma rutinaria o casual.

Hay casos en que la transformación de los personajes se consigue precisamente gracias al movimiento. Vidas varadas en anodinas existencias que se renuevan a lo largo de un viaje; obligadas huidas hacia futuros inciertos, o recorridos solitarios salpicados de encuentros enriquecedores. Pero todos estos ejemplos tienen algo en común: una carretera.



La diligencia (1939)



Un puente lejano (1977)



Dos en la carretera (1967)



Forrest Gump (1994)



Cars (2006)

Si la conquista del Oeste o las hazañas bélicas suponen dos de los grandes géneros cinematográficos, no es exagerado calificar como tal a los denominados “road movies”. Películas cuya trama de una u otra manera se desarrolla paralelamente a la traza de una carretera, explotando sus obligadas gasolineras, los no siempre atractivos moteles, su soledad o su bullicio, los cruces en el medio de la nada, las sinuosas curvas o las eternas rectas.

La gran ventaja de este género es que la localización puede ser en cualquier lugar del mundo, y casi en cualquier época. Un western es difícil sacarlo del Oeste americano en el siglo XIX (aunque se puede, ojo); una película bélica, lógicamente, estará ambientada siempre en un territorio en guerra; y aunque hemos tenido y tenemos muchos (demasiados) el corsé no lo podemos evitar. Lo mismo podríamos aplicar a las películas de época y a las históricas. Vaya, que esa libertad que los protagonistas de una road movie parece que adquieren en el momento que ponen un pie o una rueda en la carretera es la libertad que tienen sus creadores, guionistas y directores para situarnos en los Estados Unidos, Sudamérica, Australia, la vieja Europa, la exótica Asia e incluso en África; porque autopistas, carreteras, o simples caminos explanados los hemos diseñado y realizado en todos los lugares donde el ser humano ha habitado.

Las carreteras en el cine han sido recorridas por todo tipo de vehículos: desde los más habituales coches utilitarios hasta pequeños tractores, pasando por autobuses, caravanas, camiones, motocicletas o unas simples zapatillas. El camino transitado por los personajes a través de las carreteras se convierte en el sucedáneo perfecto de su propia existencia, encapsulando en ese trayecto el tiempo necesario para conseguir la libertad ansiada, para evolucionar, transformarse, cambiar, madurar o incluso descubrir que lo bueno estaba atrás, pero había que vivir ese tiempo para saberlo y encontrarse con personas o situaciones que les quitan la venda. En cualquier caso, la carretera es el hilo conductor nunca mejor dicho; es la barandilla a la que asirse al bajar una escalera; es el escenario perfecto para todo aquello que un buen guionista disponga.

En coche por carreteras italianas, constatamos esa noticia de la que se hacen eco los medios cada año y que dice que la mayoría de las separaciones de pareja y divorcios se produce después de la vuelta de vacaciones, debido al hecho de abandonar las rutinas y compartir las veinticuatro horas del día durante un tiempo más o menos prolongado. Lo vimos en las carnes de una pareja inglesa que viaja por el Sur de Italia, interpretada por George Sanders e Ingrid Bergman bajo la dirección del marido de esta, Roberto Rossellini, en una de las obras cumbres de su carrera. Rodada con una técnica cercana al documental y ambientada en buena parte a lo largo de la carretera de la costa amalfitana, una vía impresionante que bordea la que podría considerarse la costa más romántica del mundo y por la que el propio Rossellini tenía devoción, ya que la utilizó en algunos otros de sus rodajes. La película es *Viaggio in Italia* (1953) y en España se tradujo, incomprensiblemente, como “Te querré siempre”.

Las carreteras de la Costa Azul francesa también nos presentaron a otra pareja en crisis, esta vez formada por Audrey Hepburn

y Albert Finney bajo la batuta de Stanley Donen en “Dos en la carretera” (1967, *Two for the road*); aunque la estructura, tanto de guión como de montaje planteada por Donen y su guionista Frederic Raphael, muestra tres viajes diferentes por las carreteras francesas de la misma pareja en tres etapas diferentes de su vida: cuando se están enamorando, a los dos años de matrimonio y con diez años ya de casados. El *flashback* se convierte en esta película en una herramienta fundamental para recorrer el tiempo hacia atrás y hacia adelante; eso sí, con la misma carretera impertérrita como testigo de excepción de los distintos momentos vitales de los protagonistas.

El cine estadounidense ha aportado un buen ramillete de grandes *road movies*, y es que sus estiradas y solitarias carreteras delineando las llanuras de los grandes estados del Oeste, los sinuosos caminos entre humedales, meandros de ríos y pantanales de los estados sureños, o los impresionantes enlaces asemejando platos de espagueti son un escenario perfecto para que los personajes discurran por ellos buscándose, encontrándose, transformándose.

Por las carreteras que conectan Iowa y Wisconsin hemos visto a un anciano Richard Farnsworth recorrer 240 millas subido a su pequeño tractor casero, desde Laurens hasta Mount Zion, a la espeluznante velocidad máxima de cinco millas por hora, en “Una historia verdadera” (David Lynch, 1999, *The straight story*).

Nebraska fue el estado que cruzó Jack Nicholson a bordo de una caravana rumbo a la boda de su hija en “A propósito de Schmidt” (Alexander Payne, 2002, *About Schmidt*).

Y tan solo unas zapatillas le bastaron a Tom Hanks para hacerse un coast to coast en su papel de Forrest Gump (Robert Zemeckis, 1994, *Forrest Gump*) desde Santa Mónica hasta Maine.

Si hay dos conceptos que siempre sobrevuelan los *road-movies* estos son libertad y progreso. El progreso y bienestar que buscaron muchos de los damnificados por la gran crisis americana de los años 30 tras el *crack* de la bolsa y que de manera tan cruda reflejó el maestro John Ford en la pantalla, con la inestimable colaboración de John Steinbeck, autor de la novela, y Nunnally Johnson, guionista. En “Las uvas de la ira” (1940, *The grapes of wrath*) la familia Joad deja su Oklahoma natal y arrastra toda una vida, materializada en un puñado de enseres sobre un viejo camión, hasta llegar al prometido bienestar de una California próspera. Las agradecidas carreteras de la América profunda les llevaron al lugar elegido, pero quizás no a la prosperidad esperada.

Con la libertad como meta se ha desgastado mucha rueda en el asfalto y hemos visto, quizás, las mejores *road-movies*. Al volante de un clásico Ford Thunderbird de 1966 descapotable, las inolvidables Susan Sarandon (Louise) y Geena Davis (Thelma) nos hicieron cómplices de una huida memorable por las carreteras de Utah (1991, Ridley Scott, *Thelma and Louise*); mientras que años antes, Dennis Hopper y Peter Fonda, esta vez a lomos de sendas motos *chopper*, comenzaron un viaje desde California con rumbo al *Mardi Gras*, ese peculiar carnaval de Nueva Orleans, siempre con la libertad y el nomadismo como bandera, confrontando el sedentarismo de todo tipo, tanto el de una familia tradicional como el de una comuna hippie (1969, Dennis Hopper, *Easy Rider*). La selección de los nombres de los protagonistas no es baladí. Wyatt y Billy nos



Las uvas de la ira (1940)



Thelma y Louise (1991)



Easy Rider (1969)



El diablo sobre ruedas (1971)



Las aventuras de Priscilla, reina del desierto (1994)



El salario del miedo (1953)



Historias mínimas (2002)



Atrapa a un ladrón (1955)



El sabor de las cerezas (1997)



Pequeña Miss Sunshine (2006)

recuerdan al sheriff por excelencia Wyatt Earp, y al bandido más famoso del Oeste, Billy el niño. El yin y el yang. Las contradicciones vitales, la justicia y la injusticia.

Enfrentamiento directo fue el que un joven Steven Spielberg plasmó en su primera película (rodada para televisión) entre un anodino trabajador, que debe cruzar el estado de California para asistir a una reunión, y se topa con un camión. Un duelo interesantísimo entre un inocente Plymouth Valiant rojo y un gigantesco camión Peterbilt 281 con actitud casi humana, que muestra varias matrículas en su frontal a modo de trofeos de víctimas pasadas. ("El diablo sobre ruedas", 1971, *Duel*).

No todo han sido carreteras en perfecto estado. En "El salario del miedo" (1953, *Le salaire de la peur*), del francés Henri-Georges Clouzot, una empresa petrolera estadounidense afincada en Centroamérica contrata a unos "suicidas" conductores para transportar nitroglicerina a través de unas carreteras en ocasiones defectuosas, por tramos incluso inexistentes. Una de las escenas más emocionantes recorre un tramo de carretera conocida como "chapa ondulada": una carretera bacheada que deben atravesar a la velocidad constante de 40 km/h para evitar la vibración fatal.

Las carreteras necesitan siempre mantenimiento, eso es algo evidente; y a lo largo de ellas encontramos centros e instalaciones dedicadas al control, vigilancia y mantenimiento de las mismas. Pero ninguno tan entrañable y guitarrero como aquel "galpón de vialidad" en el que el abuelo Justo pide que le paren y que será finalmente la antesala del reencuentro con su perro "Malacara". Carlos Sorín tejió tres maravillosas historias con las carreteras de la Patagonia Argentina a modo de costuras en "Historias mínimas" (2002).

En definitiva, los caminos del cine son insondables, y las carreteras han guiado historias pequeñas y grandes, clásicas e inclasificables, divertidas y tristes, previsibles y premonitorias. Desde una Grace Kelly al volante de su descapotable por la *Grand Corniche* en la que encontraría la muerte años más tarde ("Atrapa a un ladrón", Alfred Hitchcock, 1955, *To catch a thief*), hasta un Abbas Kiarostami en la búsqueda de alguien dispuesto a enterrar a su protagonista tras el inminente suicidio por las carreteras iraníes ("El sabor de las cerezas", 1997, *Ta'm e guilass*); pasando por el genial Bill Murray en un enfrentamiento cara a cara, ex-amante tras ex-amante, en una reacción a la noticia de su posible paternidad ("Flores rotas", Jim Jarmusch, 2005, *Broken flowers*); o por una familia desequilibrada por todos y cada uno de sus miembros que terminan encajando en sus vidas, y muertes, gracias al *road-movie* del cine independiente dirigido por Jonathan Dayton y Valerie Faris camino a un hilarante concurso de belleza infantil ("Pequeña Miss Sunshine", 2006, *Little Miss Sunshine*).

Nota del autor:

La bibliografía utilizada para este artículo podría resumirse en un solo libro y aquella que fue necesaria para su edición. Se trata de "La obra civil y el cine" (Alejándrez, Magallón, Bisbal, Miguel, 2005, Madrid, Ed. CINTER Divulgación Técnica) considerando ahora también aquellas películas estrenadas en fecha posterior a la finalización de su texto. ❖